

—Vamos, que estoy preocupado, mañana estaré en Querétaro.... estoy seguro que algo importante debe resolverse.... estas cosas cuanto mas prontas son mejores.

El ruido de la música y el resplandor de las teas lo hizo volver en sí de su abstraccion.

—Viva el señor cura!.... Viva el señor Hidalgo! gritaban los muchachos saltando por encima de las luminarias.

El cura entró en la sala del baile, los hombres todos y los aldeanos salieron á su encuentro, viendo con respeto y veneracion al párroco de Dolores, en cuya frente veneranda resplandecia un mundo de esperanzas y de cuyos labios salian siempre voces de consuelo y misericordia.

Aquel hombre se preparaba con anticipacion, venia haciendo una carrera de popularidad, venia señalando de antemano á sus soldados y formando esa gran cruzada que atravesaria el glorioso camino de la revolucion, esa via luminosa que lleva á un pueblo á las remotas playas de su independenciam.

## IV.

Ya entrada la noche, un clérigo montado en una mula, salia de San Felipe rumbo á San Miguel el Grande.

Era el padre Pontolongon, el espía del cura Hidalgo que le seguia como su sombra.

## CAPITULO VIII.

## LAS MISIONES.

## I.

En una de las casucas que están situadas á orillas del rio de la poética ciudad de *San Miguel el Grande*, estaba una jóven desnudando á un chiquillo de cuatro años, hermosísimo, con una cabellera rubia que flotaba sobre sus desnudos hombros.

El chico acariciaba á la madre, mientras esta le acababa de despojar de sus vestidos para llevarlo á bañar á la corriente.

—Vamos, Gabriel, estate sosegado, que ya me importunas.

—Pues acaba pronto, mamita, que ya tengo deseo de entrar á la agua.

—Pues no te muevas tanto, que van á saltar los botones.

El niño queria escaparse de los brazos y pugnaba por desahirse.

—Félix, gritó la madre, dí á este muchacho que se sosiegue.

De la pieza interior salió un jóven como de treinta y ocho años, con toda esa energía que da á las facciones la edad en su época mas brillante.

—Qué pasa, hija mia? dijo con voz dulce el caballero.

—Lo de siempre, que Gabriel no hace aprecio de mí.

—No, papacito, mi mamá es la que no hace aprecio de lo que yo quiero.

—Y qué quieres, rapaz?

—Bañarme.

—Y eso es todo?

—Sí; pero quiere meterse al río con todo y ropa.

—No está mal pensado; mira, Rosalía, déjalo que haga lo que le dé la gana.

—Buena educacion.

—No es mala, peor es tiranizarle, es lo único que tenemos en el mundo y seria gracioso que nos ocupásemos en maltratarle.

—No digo tanto, pero este Gabriel es insufrible.

—Vamos, pilluelo, ven acá.

El niño se encaramó en las rodillas de su padre y le tiró de los bigotes.

—Cuidado con arrancarlos, que estos me han servido cuando era yo capitán de la guardia del virey Branciforte, á quien se lleven todos los diablos.

—Quién es ese señor?

—No era señor, era un pícaro de cuenta, un bandido, un miserable! vamos, que todavía se me sube la sangre á la cabeza...., mandar requisitoria para aprehenderme como desertor!.... eso pasa de castaño á oscuro; si me han afianzado me truenan como un cohete.... no es mal papel el de ahorcado.

—No hables así, Félix.

—Basta, no me riñas, ya sabes que te obedezco en todo; mira, soy mas sumiso que Gabriel.

—Ya lo sé, dijo Rosalía reclinando su frente sobre la cabeza de don Félix.

—Voto al demonio!.... cuando veo á mi mujer y á mi hijo

en esta situacion, gana me da de echarme sobre la espada y clavarme como un tigre.

—Vamos, Félix, ten resignacion, á nosotros nos basta con tu cariño, lo demas nada nos importa.

—Pero á mí sí, yo estoy acostumbrado á los trabajos; pero tú y este muchacho....

—No te enfades, papacito, ya no me bañaré.

—No es eso, haz lo que te dé la gana, ya sabes que nunca me enfado contigo.

—Pues venga esa frente.

Don Félix bajó la frente, donde Gabriel dió una multitud de besos.

Rosalía se puso á llorar al contemplar aquella escena conmovedora.

—Fuera de aquí este rapaz, lárguese, pero muy pronto y cuidado con estarse mucho en el agua.

El niño salió corriendo; en la puerta le esperaba una indita que le servia de guarda, y lo llevó al río donde se deslizaba una corriente mansa y cristalina sombreada por los árboles de la ribera.

## II.

Nuestros lectores estarán curiosos de saber algo sobre los personajes á quienes encuentran de improviso en San Miguel el Grande.

Rosalía fué recibida en el convento de la Enseñanza, luego que hubo confiado su secreto á la abadesa.

La hija de Treviño permanecía terriblemente inquieta en el convento; porque el recuerdo de don Félix la seguia tenazmente en la soledad del claustro.

El capitán estaba desesperado, la habia buscado en vano por todas partes sin poder descubrir su huella.

Doña María estaba reducida á una existencia de misticismo y concentracion que habia alejado á don Félix de su amistad.

El capitán sabia que el virey Branciforte entraba en la casa de la condesa ya en las altas horas de la noche y salia al disiparse las primeras sombras de la mañana.

El amante de la hija de Clavijero ignoraba que su bella desconocida estaba en relaciones con Branciforte, cuyos amores protegía la condesa con el mayor misterio.

Una noche recibió esquela de doña María y corrió al momento, creyendo que se trataba de la aparición de Rosalía.

—Don Félix, le dijo la condesa, sois un hombre de honor y os voy á confiar un secreto.

—Hablad.

—Recordais á doña Amparo?

—En este momento que pronunciáis su nombre.

—Ya no la amais?

—Sabeis, señora condesa, que mi corazón batalla con un cariño inmenso, gigante, con una ilusión que será la última de mi vida.

—Sé que amais á Rosalía; pero no estaba al alcance de vuestra fe cuando esa infeliz criatura ha desaparecido y acaso para siempre.

—No lo digais señora; porque aumentais mi desesperacion y mi tormento.

—Bien, me basta saber que no la habeis olvidado.

—Pero explicadme----

—Y si doña Amparo exigiese de vos un servicio?

—Lo haria bajo mi fe de caballero.

—Gracias, capitán.

—Espero vuestras órdenes.

—Esa infeliz, creyendo que vuestros amores habian sido una burla y que la habíais desechado de vuestro corazón y de vuestra memoria----

—Hablad.

—Se ha lanzado en un camino desesperado.

—Qué decís, condesa?

—Que Amparo aceptó los amores del marques de Croix.

—Del virey?

—Precisamente.

—Perdonad, señora condesa, esa mujer me hizo llevar á su presencia para encubrir sus amores vergonzosos.

—Os engañais, capitán.

—No, no me engaño; afortunadamente me ha salvado un ángel en esa misma noche en que hubiera caído en las redes que se me tendían.

—No juzgueis mal á doña Amparo.

—Le hago justicia, señora.

—Os repito que vivís engañado.

—Mi rostro se enrojece al pensar solamente el papel humillante que se me destinaba; me vió joven, sin fortuna, dado á las aventuras, y le parecí el hombre á propósito para cubrirla; maldición á esa mujer que jugaba con la honra de un hombre!

—Callad, capitán!

—Es una infamia!

—Estais maldiciendo á una sombra, doña Amparo acaba de espirar.

El capitán inclinó la cabeza y guardó un silencio siniestro.

—Venid, dijo la condesa.

Don Félix siguió como un sonámbulo á doña María.

Penetraron en un aposento alumbrado por una bugía de cera.

La condesa apartó las colgaduras del lecho, y el capitán contempló el cadáver de aquella mujer á quien habia amado hasta la locura.

—Muerta! dijo al fin.

—Muerta! repitió la condesa.

Don Félix fijó su mirada tenaz en aquel rostro pálido como el marfil.